

PRÓLOGO

NO NOS EQUIVOCAMOS

La primera vez que vi a Raúl sobre un terreno de juego, comprobé el pánico que puede provocar en una grada repleta un jugador con descaro, vertical y ambicioso fanático. Yo fui de los 30.000 privilegiados que en la noche del 29 de octubre de 1994 estuve en La Romareda asistiendo al debut de Raúl González con la camiseta del Real Madrid. Un crío de 17 años y las piernas todavía arqueadas por la falta de formación lógica en su edad. Era como un espontáneo que se tira en Las Ventas delante de un Miura. Pero contemplé asombrado cómo a los dos minutos de juego tiró un desmarque eléctrico a la espalda de la defensa del Zaragoza y encaró a Cedrún con el atrevimiento de un novillero. Le burló hacia la derecha, con ese gigantón de dos metros caído y batido sobre el césped del estadio del Real Zaragoza. Mis amigos y yo estábamos justo en ese córner y nos pusimos de pie. Chutó, escorado, con su 'pierna mala', la derecha. Se le fue alto por centímetros. Sentí rabia porque era de justicia poética que eso hubiese acabado en gol, en su primera intervención con el equipo que iba a marcar su vida profesional y la de millones de madridistas. En el resto del partido tuvo cuatro ocasiones más y dio una asistencia perfecta a Zamorano para que el chileno marcase de cabeza. Mis colegas y yo íbamos de puente a Andorra con nuestras novias y decidimos parar ese día en la capital del Ebro para ver quién demonios era ese chaval de San Cristóbal de los Ángeles que había logrado dejar en el banquillo a nuestro idolatrado y amado Butragueño.

Nos fuimos a cenar y no paramos de hablar maravillas del tal Raúl. Daba igual que no hubiese mojado. Si con 17 años y supliendo al *Buitre* era capaz de jugar con ese desparpajo, sabíamos que ahí teníamos *crack* para muchos años. Y no nos equivocamos. Su debut en el Bernabéu ante el *Atleti* de D'Alessandro fue un aperitivo con diamante, con ese gol por la escuadra a pase de Laudrup. Y hasta cantar 323 goles de blanco, con esa rabia y ese orgullo competitivo que sabía poner en todo lo que hacía. Raúl nunca quiso ser el número 1 de la promoción, pero sí el que presentó el mejor trabajo, el más elaborado, el más profesional. Raúl no juega para la galería, juega por su amor desatado al fútbol, criado en ese campo de tierra de su barrio en el que tenía que sortear a los hoyos tanto como a los rivales que buscaban sus piernas flaquitas. Pero él nunca agachó la cabeza. Fue creciendo y creciendo hasta forjar una leyenda en el club más exigente de todos los tiempos. Y una legión de *raulistas* dimos fe por ese espíritu irreductible que supo transmitir cada vez que jugaba con la camiseta sagrada del Real Madrid.

Su Gioconda fue el golazo de París en la final de *la Octava* ante el Valencia, con ese pase medido desde campo propio de Savio Bortolini y esa carrera enloquecida y desaforada hacia la guarida de su amigo Cañizares. Sesenta metros de carrera que fue jaleada por 32.000 madridistas en Saint Denis y por millones de vikingos desde sus casas. Su regate a *Cañete* me recordó al de La Romareda, pero ya habían pasado seis años y el niño de Zaragoza ya era un hombre que se las sabía todas. Batió a Djukic con picardía y el delirio llegó a nuestras vidas. Con su coraje y su fe lideró un equipo que ganó tres Champions de 1998 a 2002, sabiendo compartir pantalla con *cracks* mundiales como Mijatovic o Zidane, los grandes protagonistas de *la Séptima* y *la Novena*. Pero *Rulo*, como le conocen los que de verdad han entrado en

su círculo de amistades, siempre empuñó la bandera de los canteranos de la casa. En *La Fábrica* supo mamar esos valores genéticos del Madrid que ahora inculca a sus chicos en el Castilla. Raúl no es solo un gran jugador de época, sino un hombre que tuvo la fortuna de vivir junto al amor de su vida más allá de la familia: el balón.

Un día me dijo un veterano del Madrid que jugaba como nadie pero al que le agobiaba la presión de estar siempre en la cumbre: “Roncero, es que tú crees que todos podemos ser como Raúl. Los fines de semana que no jugamos, Raúl se mete en su casa a ver partidos de la Premier, de Italia y de la Bundesliga. Piensa en fútbol a todas horas como si no hubiera otra cosa. Para él, el fútbol lo es todo. Yo no sería capaz de vivir así...”. Esa pasión indisimulada es la que le ha permitido escribir varias carreras dentro de su trayectoria gloriosa con el balón. Antes como jugador y pronto lo demostrará como técnico de elite. Tampoco olvidaré jamás su homenaje en el Trofeo Bernabéu. Después de verle triunfar con el Schalke y el Al Sadd, lo que me provocó muchas tardes de nostalgia, verle calentar con su camiseta del Madrid por la banda del Bernabéu junto a Cristiano, Ramos y compañía me hizo llorar como un niño. Era un glorioso *revival*, un viaje en el pasado que me hizo entender todo lo bueno que nos dio este chaval de barrio que cumplió el sueño de muchos niños: ser el mejor en el deporte que practicaron antes de que les salieran los dientes. Raúl es de los últimos productos del fútbol de descampados con porterías con piedras y balones de costuras rotas, de pachangas junto al muro del bloque de pisos de ladrillo rojo. Fútbol con bocata de nocilla esperando en la ventana mientras tu madre te grita que vuelvas a casa para estudiar que al día siguiente tienes examen de ‘mates’. Raúl sabía que lo suyo estaba en la calle, con esa pelota que dominaba con su zurda de forma diabólica. Una personalidad brutal, que no regala sonrisas ni chistes innecesarios. Raúl se ganó el respeto en el campo huyendo de la demagogia. Su fútbol era de verdad.

Por eso su adiós al club de su vida tuvo un sentido literario que pone los pelos de punta. Su último partido con el Madrid tuvo que ser de nuevo en La Romareda, en la ciudad que vio nacer su embrujo futbolístico. Al inicio de la segunda parte se lesionó de gravedad. Pero su Madrid perdía y no quería dejar solo al equipo. De forma heroica forzó una jugada que acabó con su gol salvador, el del empate. El último empujón a las redes enemigas. Su gol 323 que forjaba y engrandecía la leyenda. Su ‘gol del cojo’ abrió esa noche el camino de la victoria en Zaragoza, consumada por Kaká. Fue su último acto de servicio por la camiseta que honró durante 16 años que jamás olvidaremos. Ese es Raúl González, historia viva del Real Madrid. Palabras mayores.

Tomás Roncero.

INTRODUCCIÓN

Este libro, aunque lo pueda parecer por el volumen de páginas, no es una biografía ni pretende serlo. Este libro es un repaso a la carrera deportiva de Raúl González Blanco.

Desde pequeño el fútbol ha sido parte de mi vida, y siempre me he fijado y admirado a los futbolistas españoles. Empecé con Emilio Butragueño, mi primer

ídolo, luego Luis Enrique o Cañizares, dos *Oímpicos* de ese Real Madrid 94-95 que me marcó. Después obviamente Raúl. Más tarde Guti, Morientes, Casillas, Torres... luego Iniesta o Cesc Fábregas. Siempre me ha gustado y he defendido más al futbolista de mi país por encima de otras estrellas. Los Maradona, Di Stéfano, Pelé, Zidane, los dos Ronaldos (Nazario y Cristiano), Messi, Cruyff... ¿alguien a quien le guste el fútbol no los tendría siempre en su equipo? Yo los tendría, sin duda. Pero siempre con jugadores españoles, y entre ellos para mí el mejor ha sido Raúl.

En esta obra analizo su carrera deportiva. Desde que era un niño en el San Cristóbal de los Ángeles jugando en campos de tierra en una zona muy humilde de Madrid, hasta que colgó las botas ganando su último título junto a su amigo Marcos Senna en Nueva York. Entre medias, hay una carrera de casi 25 años que le llevó a las categorías inferiores del Atlético de Madrid de Jesús Gil, para posteriormente jugar en el otro gran equipo de la ciudad: el Real Madrid. Primero en su cantera, luego en el primer equipo, donde durante 16 años fue santo y seña del madridismo. Mientras, con orgullo vestía la camiseta de la Selección Española, sin estrella en el escudo en aquellos años. Una vez su etapa merengue concluyó, se fue a Alemania y de allí a Catar. Aquí, revisamos todos esos momentos.

En las siguientes páginas hay un trabajo de más de tres años y medio de investigación, donde he consultado cientos de documentos y realizado cerca de 30 entrevistas a personas que han estado de una manera u otra en relación con nuestro protagonista. Jugadores, compañeros, rivales, entrenadores, presidentes, periodistas... todos aportan su experiencia, opinión o valoración, conformando a veces un Raúl inédito que como aficionado antes, periodista ahora, *raulista* siempre, no conocía.

He intentado contar la carrera de Raúl viendo casi todos sus partidos, leyendo crónicas, analizando jugadas, preguntando a entrenadores, compañeros de equipo o rivales, y explicando todos sus goles en los sitios donde hubiera documentación o información. Ya sea en Internet o en formato físico: periódicos, guías, libros, revistas, colecciones de cromos, decenas de visitas a la Hemeroteca, e incluso investigando y preguntando en los países donde él jugó. Y no siempre ha sido fácil.

Es un libro de un *raulista para raulistas*; pero también para aficionados al fútbol, ya sean del Real Madrid o de otros equipos. Es una especie de "*Biblia raulista*" donde hay datos, comentarios y resúmenes de toda la carrera de Raúl.

El lector que esté cerca de la cuarentena se verá muy identificado con lo que aquí se puede leer. El que sea más joven y haya nacido en este siglo, entenderá lo que costaba llegar a unas semifinales de Champions con el Madrid, o pasar de la primera fase con la Selección. Y es que ganar en cuatro años un Mundial y dos Eurocopas, o tres Champions League seguidas, no suele ser lo habitual en el fútbol.

Durante el relato, menciono alguna vivencia personal que creo será común o parecida a la de muchos otros lectores y aficionados que hemos crecido viendo a Raúl. Todos nos acordamos de dónde vimos o escuchamos "*el aguanís*", o qué hacíamos cuando mandó callar al Camp Nou. En el libro intento explicar con la mayor objetividad posible los episodios de su carrera. La mayoría brillantes: Las

Champions, sus goles, los récords, los éxitos... aunque también cuento los momentos no tan buenos: finales perdidas como la del "Centenario", penaltis decisivos fallados como el de la Eurocopa de 2000, la fría despedida del Real Madrid, su salida de la Selección Española... etc. Siempre con el mayor respeto posible hacia el futbolista que más me ha marcado en mi vida.

Si consigo que el lector recuerde ese gol, ese regate, esa jugada o ese título y se emocione como yo lo he hecho durante estos años de trabajo, creo que el esfuerzo habrá merecido la pena.

Así que, gracias por la confianza al tener el libro entre tus manos, y a disfrutar de la carrera de "el siete".

CAPÍTULO 1 IRRUPCIÓN Y DEBUT. EL HEREDERO

La primera vez que escuché hablar de Raúl, fue como tantos otros, al poco de empezar la temporada 94-95.

Ese año, el Real Madrid con Jorge Valdano a la cabeza, intentaba volver a aspirar a la Liga tras cuatro temporadas seguidas de dominio culé con el *Dream Team* en plan estelar, y con las derrotas en Tenerife como mayor recuerdo de esa época.

La Copa del Rey que el conjunto merengue alzó en 1993 con Benito Floro al frente del equipo y luego la Supercopa de España, eran los únicos títulos que el Real Madrid había ganado en esos años mientras que el Barcelona había conseguido cuatro Ligas, una Champions, una Supercopa de Europa y dos Supercopas de España.

Ese inicio de la temporada 94-95 el Real Madrid se presentaba dispuesto a volver a ser el principal candidato al título liguero. Para ello, el equipo blanco se había reforzado a conciencia: junto a Valdano vino de las Islas Canarias Fernando Redondo, del Barcelona llegaba nada más y nada menos que Michael Laudrup, adelantando un movimiento que años después se vería con Luis Figo, y del Celta volvía a la Casa Blanca un joven Santiago Cañizares, dispuesto a pelear con Buyo la portería blanca. Por su parte, la banda derecha se reforzó con Quique Sánchez Flores que venía del Valencia, mientras que José Emilio Amavisca lo hacía procedente del Real Valladolid, aunque el cántabro estuvo desde su llegada en las quinielas para salir del equipo.